



RAMÓN LUQUE, *Iris Murdoch. Ensayo sobre la intensidad*, Aduana Vieja, Valencia, 2019, 176 pp. ISBN: 978-84-94594632.

Iris Murdoch (1919-1999) escritora nacida en Irlanda, profesora de filosofía, mujer apasionada, vital y emocionalmente intensa en todas las facetas de su vida, cuyas obras no han sido hasta el momento demasiado conocidas en nuestro país. En este año en el que se conmemora su nacimiento, el libro de Ramón Luque se dirige tanto a aquellos lectores que ya se han acercado a la narrativa de la autora como a los que aún no la han descubierto. Como dice el autor en el postfacio: es este un “llamamiento a futuros lectores” de la narrativa de Iris Murdoch, una autora capaz de mezclar en su narrativa lo cómico, lo tragicómico, los momentos hilarantes, los elementos esotéricos, el retrato de los hombres “brujos”, dominantes, manipuladores, intelectualmente brillantes, las idas y venidas sentimentales de los personajes, sus emociones desbordadas y las situaciones rocambolescas, y en ocasiones trágicas, que desencadenan sus pasiones, todo ello, junto con la búsqueda del conocimiento de uno mismo y las reflexiones filosóficas y morales sobre lo que significa ser una persona.

El ensayo, de estilo ameno y ágil, se organiza alrededor de 21 secciones a modo de capítulos, encabezadas por títulos de los más sugerentes, tal como *El brujo*, *Adulterios y momentos intensos*, *Ser bueno para nada*, *Lo bello, lo cómico, lo humano*, *Deseo, tormento, amor y dudas*, *Vejez, muerte y... amor* o *La sustancia preciosa del bien*, por citar algunos; junto al ya mencionado postfacio final.

En cada una de estas secciones el autor analiza una o más novelas de Murdoch; trata con títulos tan conocidos como *Under the Net*, (*Bajo la red*), *The Sea, The Sea*, (*El mar, el mar*), *The black Prince*, (*El príncipe negro*), *The Good and The Nice*, (*Lo bueno y lo Hermoso*), *The Severed Head* (*La cabeza cortada*), *The Unicorn* (*El Unicornio*) o *The Book and the Brotherhood* (*El libro y la hermandad*). Mientras a pie de página Luque introduce de forma sucinta y comprensible el argumento de la obra que va a analizar, en el texto principal presenta fragmentos entresacados de la misma, alrededor de los cuales va entrelazando reflexiones propias y análisis eruditos aderezado aquí y allá con alguna ironía suave que aporta una dosis de humor ácido, aunque sin ápice de cinismo; muy al contrario, sus comentarios apoyan una lúcida y benevolente comprensión hacia el

ser humano y las dificultades de su condición, como la propia Murdoch practica en sus novelas.

Para matizar, secundar o completar sus observaciones, Luque reúne en su texto numerosas referencias literarias, filosóficas y cinematográficas, con lo que consigue dar visiones complementarias del mismo asunto (el tema del “ver” es una constante en la obra de Murdoch). Merced a esa inteligente combinación de subjetivas, pero razonadas, observaciones propias con citas a autores de muy diversa condición (encontramos a Elisabeth Kübler-Ross, a Martha Naussbaum, vamos de Michael Haneke a Woody Allen, Vargas Llosa, Maite Larrauri, Harold Bloom...la lista es larga) introducidas con habilidad, el resultado es un ensayo de lo más ameno, alejado de tópicos y generalizaciones fáciles e inclinado hacia la ecuanimidad y la proporción en los comentarios y en las reflexiones.

De entre todas las influencias en la narrativa de la autora: Platón (recordemos que ella era profesora de filosofía, sólo más adelante comenzó con la escritura de ficción), Simone Weil, Shakespeare, Henry James, Sartre, Wittgenstein, Donald MacKinnon, Elias Canetti (amante de Murdoch, parece ser que él fue el prototipo para el hombre “brujo” de sus novelas). Detengámonos en algunas de las más significativas, por el lugar preferente que Luque les concede en su ensayo.

Primero, naturalmente, Platón, ya que se dice que Iris Murdoch era una apasionada de este autor, y a él está dedicado un capítulo entero: *Sobre Platón y la necesidad de ver bien*. La imagen de la caverna (en forma de cuevas, túneles, pasadizos) junto a la búsqueda existencial por parte del protagonista, son temas recurrentes en la obra de la autora. Luego está el asunto de “ver bien”, que enlaza en último término con el amor; “ver bien” para salir de un egocentrismo que nos mantiene en tinieblas, para “ver a los demás y quererlos por lo que son”. Pues para Murdoch, la realidad, ya que es inaprehensible con el lenguaje e imposible de conocer con la única ayuda del intelecto, ha de ser observada con amor, piedad y justicia. Aquí entra también otra gran favorita de Iris, Simone Weil, con su idea de “ver” para “actuar”; de manera que cambiar la forma de ver cambia al tiempo la forma de actuar. Para las dos pensadoras, el saber ver está conectado con el amor y la verdad y la búsqueda de la verdad, tema, como ya hemos señalado arriba, recurrente en la obra de Murdoch: los protagonistas, perdidos en la oscuridad, tantean, buscan, sufren y tras rescatar a alguien al que “ven” en un peligro mortal, abren los ojos, y, de alguna forma se dan cuenta de que ese sufrimiento por otro les redime; pero no ha sido un sufrimiento gratuito, sino el trance necesario en el proceso de transformarse en alguien mejor; transformación que, necesariamente ha de pasar por la lucha y, seguramente, también por experimentar un lúcido sentimiento de culpa, en el sentido de reconocimiento sincero de las propias faltas; cosas todas

ellas que evocan los ecos del mejor cristianismo, audibles en la obra de la escritora irlandesa.

Murdoch se acercó al existencialismo, para abandonarlo más tarde y seguir con su búsqueda en otro lugar. Luque sostiene que en la obra de Murdoch hay un soplo de espiritualidad, más allá de que ella fuese atea declarada, pues la idea de búsqueda del sentido de la vida, de una posible redención de las propias faltas, su interés por las diversas religiones y su creencia en una relación íntima entre todos lo viviente, apunta en esa dirección de una “religiosidad atea”. Oración cristiana, meditación budista; en el fondo es un abandono del ego necesario para poder “ver” y de ahí, amar. De nuevo el amor siempre en su vida y obra.

Y luego está Shakespeare, del que Murdoch desea emular esa capacidad de retratar al ser humano completo, en todas sus facetas, desde la más trágica hasta la tragicómica, pasando por lo sencillamente cómico o incluso lo ridículo.

En cuanto al lenguaje, Murdoch estudió con Wittgenstein, le admiraba profundamente y de él tomó la idea del lenguaje como instrumento de imitación de la realidad, no la realidad, que continuamente se muestra inabarcable por ese medio, y a la que, según Murdoch hay que acercarse y vivir de otras maneras: escuchando las emociones, atendiendo a los sentimientos, cuidando las acciones, y, sobre todo, saliendo de la cueva que es el egocentrismo.

Paralelamente al análisis de sus novelas, cuyos entresijos demuestra conocer muy bien, Luque va bosquejando parte del retrato biográfico de Iris Murdoch: da cuenta de datos curiosos, aventuras tragicómicas, enredos amorosos en los que se vio envuelta, adulterios, episodios un tanto escabrosos, momentos mágicos, emociones que manifestaba públicamente, detalles íntimos de la biografía de la propia Iris que nos dejan la imagen de una mujer apasionada, intensamente emocional y aventurera, muy inteligente, comunicativa y dotada de una enorme sensibilidad que dota de gran fuerza a su vida y su obra. Finalmente también se acerca Luque, con respeto, sin sentimentalismos, a sus padecimientos últimos; esa enfermedad de Alzheimer que fue disolviendo lentamente la identidad de Iris hasta destruirla por completo.

Y ya en el postfacio, Luque declara abiertamente lo que como lectores nos ha quedado claro conforme avanzábamos en la lectura: que ama las novelas de Iris Murdoch (claro, sólo desde el amor se puede emplear tiempo y cuidados en escribir un ensayo así) y que ha escrito este libro desde la subjetividad y no desde un afán academicista. Como dice el mismo autor “...*este libro es... una larga conversación personal entre mí mismo y lo que la obra de esta escritora me sugiere*”. Y nos da la oportunidad de que los lectores nos convirtamos en gozosos contertulios con él, con ella.

Luz Álvarez